

# *La formación en Ciencias Económicas es también una cuestión de lengua*

Ángela FLORES  
Danielle DUBROCA  
*Universidad de Salamanca*

Desde nuestra situación como profesores de lengua extranjera en una facultad de Economía y Empresa, estas líneas quisieran ser una reflexión sobre lo que la enseñanza de idiomas puede aportar en esta formación específica, pues desgraciadamente no son pocos los profesores universitarios de otras disciplinas que piensan que sus colegas de idiomas se dedican exclusivamente a repasar los rudimentos lingüísticos que tan acertadamente, en la mayoría de los casos, inculcan los profesores de enseñanza media. Esto sería ignorar que el progreso de la práctica lingüística sigue el desarrollo general del alumno hasta su ingreso en la Universidad, en la que empieza normalmente con conocimientos bien asentados en lengua extranjera, y que continúa conforme recibe la docencia universitaria.

Apuntaremos previamente que nuestra intención es ir más allá del argumento que se basa en la necesidad de los idiomas para una configuración económica y empresarial cada vez más internacional. Este argumento parece ser abiertamente aceptado por su evidencia, aunque paradójicamente los nuevos planes en las Facultades de Economía y Empresa vienen relegando la enseñanza de lenguas a un segundo plano, y aún discutido en muchas ocasiones.

En este clima, no es de extrañar que en muchas ocasiones el profesor de idiomas tenga que comenzar sus clases con una reflexión que destrone la idea de que esta asignatura es de segundo orden y lo que es peor, que no sirve para casi nada.

Esta breve exposición se propone como finalidad aclarar, por si fuere necesario, las múltiples facetas que el profesor de lengua extranjera puede desarrollar en un contexto docente no filológico.

En primer lugar destacaremos la adaptación que este profesorado realiza al contexto académico y profesional de estos estudiantes. Llámase funcional, específico, o de la profesión, una clave de esta enseñanza/aprendizaje es que los contenidos no pueden contemplarse fuera del contexto en que el lenguaje es utilizado; los objetivos y procedimientos se subordinan a este principio previo.

Nuestra enseñanza busca una formación lingüística integrada en su formación pro-

fesional. Podemos temer aún que desde fuera se piense todavía que nuestra enseñanza consiste en la transmisión de una terminología específica. Nuestro fin último no es el dominio de la lengua extranjera en sí; esta formación lingüística profesional pretende alcanzar además otros contenidos, que podemos llamar de comportamiento. Nuestros objetivos pueden ser recogidos en dos aspectos fundamentales, los culturales y los lingüísticos.

En el aspecto cultural, no nos detendremos en el hecho, también reconocido, de que es más fácil establecer y mantener negocios dominando la lengua del interlocutor. Si recordaremos sin embargo, que esto supone al mismo tiempo un conocimiento de lo que llamamos cultura: creencias, costumbres, influencias, gustos..., puesto que el saber lingüístico se combina con un «saber estar» cultural. En este campo, la enseñanza procura suplir el contacto directo con la realidad sociocultural del país extranjero mediante actividades destinadas a favorecer una reflexión sobre la importancia de las divergencias culturales entre los países. Ahora bien, la enseñanza del idioma para uso específico intenta además adentrar al alumno en el contexto profesional para ayudarle a medir el alcance de estas divergencias en toda operación comercial: no hay producción, marketing, publicidad, distribución, etc., logradas a nivel internacional, que no contemple este planteamiento. Para una Europa unida, y hasta de cara a una mundialización de los negocios, nunca se tratará evidentemente de valorar actitudes o comportamientos, sino de desarrollar esa capacidad de observación y apertura de espíritu que dé lugar a una reacción adecuada en situaciones distintas con interlocutores distintos. Sin entrar en una exposición pormenorizada de la metodología para este fin, podemos destacar la técnica de la simulación. Aunque artificial, es una forma de sumergir y de implicar al estudiante en situaciones que exijan de él una respuesta adecuada.

Para el estudiante matriculado en el primer curso de la especialidad, el idioma es una de las pocas asignaturas con las que ya viene familiarizado desde la enseñanza media. Por lo tanto, el profesor puede en un primer momento aprovechar esa circunstancia para entrar pronto en la materia puramente lingüística, mejorando las cuatro destrezas (leer, escribir, comprender oralmente y hablar) en el campo que le concierne, es decir, la economía o la gestión de empresa, para dar paso sin demora al manejo de textos de especialidad o a los escritos de vulgarización de su interés. *El tercer aspecto que completa esta labor, de una manera sincrónica, es la reflexión y los comentarios que implican forzosamente los escritos de especialidad en lengua extranjera.* Y llegando a este punto, hay que asentar que, como en la enseñanza media, el estudiante va aumentando su saber en los distintos campos hasta completar su carrera, va ampliando su capacidad reflexiva, va afianzando su juicio en las diversas cuestiones que se le plantean: de la misma manera, irá necesitando herramientas lingüísticas cada vez más variadas, amplias y precisas para la comprensión y la expresión en lengua extranjera. Por consiguiente, es un contra sentido, tal vez un mal conocimiento de este tipo de docencia, el querer relegar la práctica del idioma por ejemplo a una asignatura semestral única durante la carrera entera.

No se trata, a nivel de licenciatura o de diplomatura, de deslumbrar a un auditorio que pronto se cansaría, sino de transmitir los aspectos aprovechables de una especialidad aparentemente alejada de la economía y de la gestión de empresa. Se trata sencillamente de querer aprovechar la lengua extranjera para completar, mejorar, contrastar, los contenidos de las asignaturas de especialidad. En este marco, aludiremos a una circunstancia constatada de forma bastante general. En el momento

de abordar las diferentes actividades lingüísticas en lengua extranjera, las diferentes formas del lenguaje, enseguida nos damos cuenta de la pobreza de los alumnos en sus competencias lingüísticas de base en la lengua materna. Simplificando, diremos que son lentos en su lectura, y poco eficaces en la comprensión de textos; no distinguen la síntesis del comentario, desconocen la forma y la finalidad de un informe, etc. ¿En qué parcela del programa se entrenan en la redacción de una carta de candidatura, en la composición de un C.V., por ejemplo?, ¿en qué asignatura corresponde detenerse a reflexionar sobre las actitudes, comportamientos y formulaciones lingüísticas más apropiadas en una situación profesional dada?

Hoy día, el concepto de «comunicación» resulta manido a la hora de perfilar el profesional de la gestión. Ciertamente, ya se trate de la comunicación en el interior de la empresa, o desde la empresa en sus relaciones con el exterior, este concepto invade hoy el contexto empresarial.

En una enseñanza como la que nos ocupa, la económico-empresarial, que se adhiere a las llamadas «ciencias explicativas», y que reivindica profesionales capaces de utilizar la información de manera operativa y eficaz, nadie se ocupa de formar a los estudiantes en estas técnicas elementales como son: la capacidad de presentar ideas oralmente o por escrito, con brevedad, simplicidad y claridad, la capacidad para trabajar con la gente, la manera de buscar información, de recogerla y de confrontarla, etc. Puede argumentarse que esto se supone adquirido a su entrada en la Universidad, sería lo deseable, más la realidad es muy otra: podemos decir que de forma muy generalizada, los estudiantes no saben utilizar los diferentes elementos lingüísticos que les ayuden a precisar, modificar o matizar lo expresado para aportar un complemento de información; no saben poner de relieve una información, variar las formulaciones o equilibrar la estructura de una frase, cuando estas funciones son fundamentales en el ámbito de la empresa, donde la comunicación, escrita u oral, se distingue por su concisión, su claridad y su carácter operacional.

El profesor de lengua extranjera, cuya formación es humanística y filológica, ocupa un lugar idóneo para colmar ese vacío apuntado, pues aún teniendo en cuenta ese contexto social, económico y empresarial, nuestro cometido es siempre lingüístico. Al tener el concepto de filología presente en todo momento, debe recordar discreta pero frecuentemente, la necesidad y hasta la obligación de afianzar, perfeccionar y actualizar el conocimiento de la lengua materna. La observación entrecruzada de la lengua fuente y de la lengua meta, unida al desarrollo intelectual demandado de la cerra en su conjunto, dan paso a un enriquecimiento a la vez lingüístico y conceptual del estudiante, dándose por admitido el que la perspectiva profesional exija un conocimiento amplio, preciso, variado, esmerado y actualizado de la lengua propia.

Como se ve, esta preparación lingüística que distila el profesor tiene un radio de acción más amplio que el dominio de una lengua extranjera. Intenta proporcionar al estudiante armas para enfrentarse no sólo *hinc et nunc*, sino para toda la vida, con todas las novedades que surgen en las lengua, sean «hapax» o neologismos. De hecho, especialidades tan confrontadas con el bullicio del mundo como son la economía o la gestión de empresa, se sitúan en el primer plano de la novedad lingüística. De ahí la necesidad de una actitud mental que permita al alumno de hoy y al profesional de mañana, superar por ejemplo los escollos de la neología. Sin detenerse aquí en la metodología recomendable para esos efectos, conviene resaltar que el fenómeno neológico es también aplicable a la lengua propia, por lo que vuelve a

ser imprescindible la colaboración del profesor de filología para el desarrollo correcto de las distintas asignaturas de una carrera científica.

La lengua inglesa es la que suele dar forma expresiva a los conceptos nuevos que vienen enriqueciendo el campo de la economía en todas sus dimensiones. Como consecuencia, las palabras nuevas que se imponen a las demás lenguas europeas llevan, en la mayoría de los casos, el cuño anglosajón. Ahora bien, cada una de las lenguas europeas mantiene una relación particular con el inglés, que puede oscilar entre la cordial acogida (préstamo) y el rechazo (creación de nuevo signo lingüístico). El futuro profesional debe, en el transcurso de sus estudios, aprender a reconocer el justo valor de cada lengua y, sobre todo, tomar conciencia de la necesidad apremiante de practicar varias lenguas extranjeras, ante la perspectiva de la Europa del siglo XXI. El auténtico filólogo no atiza las viejas querellas entre las lenguas imprescindibles y las secundarias, sino que fomenta el estudio plurilingüístico entre los estudiantes.

Al apuntar la cuestión de las relaciones entre los idiomas, siempre en el contexto económico y empresarial, se presenta otro aspecto del estudio de las lenguas, colindante con los anteriores, el de la traducción. Durante su carrera, el estudiante que mañana será un profesional, se verá confrontado con una fatalidad, la de leer obras traducidas de un idioma desconocido de él, o tal vez se verá obligado en una circunstancia excepcional a hacer de traductor, traductor-traidor, dicen...

Es conveniente que se tome conciencia desde el principio de cómo se realiza una traducción bien hecha, fiel al sentido del texto original y exacta en los términos. La llamada traducción pedagógica que se practica en clase para comprobar las adquisiciones lingüísticas, no da siempre noción exacta de lo que es interpretar un texto para luego traducirlo. La Unión Europea con sus múltiples folletos traducidos en las lenguas comunitarias ofrece mil oportunidades de comparar las distintas versiones de un mismo texto y de valorar el delicado obrar del traductor, ejercitándose con la comparación de distintas versiones en los campos relativos a las asignaturas de la carrera.

Por otra parte, es el profesor de idioma el que entrenará al estudiante en las operaciones discursivas y los usos más recurrentes en el discurso de textos económico-empresariales.

El punto de partida adoptado nos sitúa a favor de una concepción socio-pragmática de la enseñanza de la lengua extranjera. Es decir, que en nuestros análisis y producciones discursivas tenemos muy en cuenta las condiciones de producción, de enunciación, de recepción, así como el efecto buscado por una determinada práctica discursiva en un determinado contexto (social, profesional, etc.).

En las prácticas con nuestros alumnos situamos a la lectura/comprensión como objetivo clave; a esta competencia fundamental se subordinan otros objetivos como la búsqueda y consulta de documentación, y otras prácticas como la síntesis, por no citar otros objetivos más concretos.

La lectura/comprensión exige una actitud activa, donde el lector no se preocupe únicamente de lo que se dice en el texto, sino que localice las fuentes y sepa apreciar los efectos buscados por ese texto.

En realidad, la dificultad tiene su raíz en la falta de lectura en nuestros alumnos. Por ello, las consignas y el entrenamiento que les proponemos para la entrada y adentramiento en los textos de lengua extranjera revierten sin duda en sus técnicas de lectura en lengua materna. Nuestro deseo, a corto plazo, es convencerles ante todo de que un alumno de Económicas y Empresariales no puede formarse sin preocuparse de leer. Pero nos interesa matizar este hecho. Deben ciertamente manejar la información económica, y

esto deben poder hacerlo además en lengua extranjera. Pero deben ante todo leer, leer de todo, pues la economía es una ciencia social que se nutre de todos los hechos sociales. El alumno de esta disciplina debe obligatoriamente salir e sus apuntes, leer prensa, acudir a bibliotecas y consultar obras especializadas, informes y, por qué no, novelas...

Dentro de este proyecto de conjunto, que podríamos llamar igualmente búsqueda de un acceso más rápido y eficaz al texto escrito, entraría nuestro empeño por dotar al alumnado de competencias que le permitan acceder a una documentación en lengua extranjera, para que pueda consultar bibliografía complementaria para su formación. Esta competencia pasa por una familiarización con procesos de búsqueda en la biblioteca. No es de extrañar que ni siquiera en los últimos años de sus estudios el alumno sepa a veces buscar documentación para realizar un trabajo o completar sus conocimientos en algún tema especializado. Algunas de nuestras prácticas están encaminadas justamente a este aspecto, que consideramos importante en una formación universitaria.

Un ejemplo de intersección entre las preocupaciones de un filólogo y las de un especialista en ciencias de la economía y de la empresa podría ser la lexicografía. Habitualmente, los estudiantes se contentan con el material lexicográfico de que disponen en sus casas, en general un pequeño diccionario bilingüe de la lengua común y hasta ignoran la existencia en el mercado de una gran variedad de obras lexicográficas con características a veces muy diferentes. Es obligación del profesor de idiomas llamar la atención sobre la necesidad y el interés de manejar siempre diccionarios fiables con contextos explicitados, ejemplos traducidos, anexos varios, etc.

A esas consideraciones que surgen con frecuencia a raíz de la lectura y comprensión de los textos de especialidad, se agregan otras, también de índole lexicográfica, que conciernen a los diccionarios bilingües especializados. Los hay para casi todos los idiomas y a veces para varias lenguas a la vez (plurilingües). A partir de ejemplos concretos, se puede aquilatar la calidad de unos y otros: para los textos con alto grado de tecnicidad (derecho mercantil, fiscal, finanzas, etc.), se hace imprescindible la consulta del mejor bilingüe especializado, teniendo en cuenta la relatividad de la noción de excelencia en un campo de la lexicografía.

De paso, no es superfluo advertir que todos los diccionarios bilingües o plurilingües no siempre resuelven las dudas de comprensión o interpretación de los textos de especialidad. A veces, es aconsejable recurrir a otro tipo de obra lexicográfica como son los léxicos o glosarios temáticos (léxico del comercio exterior, diccionario de la banca y del marketing, etc.). No todos tienen la calidad deseada porque deberían ser elaborados conjuntamente por un especialista en la materia y un lexicógrafo, para alcanzar las cualidades de un buen diccionario con sus juegos de entradas y voces afines, redes de relaciones entre términos, unidas a un corpus amplio y actualizado. Esas obras, que son a veces auténticas enciclopedias (como puede ser el famoso Bernard&Colli en sus dos versiones, íntegra y reducida) o lamentables listas de palabras con escasas definiciones son las herramientas que acompañan al lector por el camino de una lectura provechosa. Y como complemento, se puede recordar la existencia de obras paralelas en la lengua materna, a veces traducidas de otros idiomas, a veces elaboradas por profesionales especialistas nacionales.

Con el fin de ilustrar de alguna manera nuestras perspectivas y pautas de trabajo, ofreceremos lo que serían las líneas de acción para dos prácticas habituales en nuestro programa: el resumen y el comentario.

Citábamos la síntesis, o el resumen, como una de las prácticas subordinadas, lógica-

mente a la competencia de lectura. El resumen es, en efecto, una práctica a la que reservamos un lugar importante en nuestros programas. La razón, como venimos apuntando, la encontramos en el contexto profesional para el que se forman nuestros alumnos.

En lo que podemos llamar «comunicación profesional», la reformulación de una misma información, ya sea el desarrollo o la síntesis, son muy importantes. La empresa es definida como una red de comunicaciones, donde el dominio de la información es esencial, pues está en la base de toda decisión, de toda acción económica. Existen documentos que serán insertados posteriormente en informes, reuniones, discusiones, etc. El poder definir previamente el objetivo, así como el funcionamiento de cada documento utilizado, el saber sintetizar correctamente el contenido de los mismos, hará más correcta y acertada su posterior utilización.

En la práctica del resumen establecemos dos fases. La primera corresponde a la de comprensión/interpretación del texto fuente. La segunda corresponde a la producción personal del resumen, pudiendo ser éste, por supuesto, oral o escrito.

En la adquisición de una competencia en lectura que permita acceder rápida y eficazmente al contenido de un documento textual, luchamos en primer lugar contra la tendencia del alumno a una lectura lineal, en la que pretende ir haciéndose con el sentido de forma progresiva, línea por línea, palabra por palabra. En una lengua extranjera esto se agrava, puesto que el alumno ante una palabra desconocida, y lógicamente encontrará muchas, bloquea conscientemente su proceso de comprensión y hace un paréntesis hasta que consulta el diccionario o escucha la traducción del profesor. Sin entrar en las estrategias de enseñanza, diremos que perseguimos, por el contrario, una lectura global en un primer momento, donde por medio de ciertos indicios (iconográficos, tipográficos, textuales y contextuales), el lector pueda situar y dar un sentido al texto, encontrando lo que podemos llamar el hilo conductor del mismo. Posteriormente se puede pasar otros niveles de lectura, viendo cómo se articula al hilo conductor, para llegar a un último nivel, que será la «lectura crítica».

Una síntesis correcta supone haber llegado previamente a una perfecta comprensión e interpretación del texto de origen.

En la lectura global se establecerán la arquitectura del texto, y las primeras hipótesis de sentido. Se contempla el texto funcionando como un todo. Abordaremos definición del plano enunciativo y contextual, es decir, todo aquello que nos ayudará a situar la producción del texto: autor, lugar y momento de la enunciación, destinatario, soporte del texto (artículo de revista, extracto de obra específica, etc.), intenciones u objetivos... A partir de entonces, podemos ya pasar a ver cuáles son las formas lingüísticas que sirven a esa intención de comunicación que creemos detectar.

Dentro de la fase de redacción, debemos luchar nuevamente contra la falsa idea de que escribir sobre algo en lengua extranjera equivale al conocimiento del léxico relativo al asunto considerado. Sin rechazar este aspecto, nuestra actividad pone el acento en otras competencias, como pueden ser: estructurar los contenidos de la exposición: cómo introducir el asunto que nos ocupa, cómo cerrarlo, cómo introducir las ideas, cómo articularlas entre sí, cómo oponer los argumentos, cómo poner de relieve unos sobre otros, cómo subordinar unas ideas a otras, cómo se establece la relación causa-efecto, causa-consecuencia, causa-conclusión, etc.

La alusión requerida a los diversos conectores en lengua extranjera que nos ayudan en estas operaciones lingüísticas, obligan sin duda a una interpretación basada en las competencias en lengua materna, con lo que al mismo tiempo que el alumno intenta asimilar las formas y usos de la lengua extranjera, se enriquece en su propia lengua.

El establecer unas pautas que contribuyan a combatir esos discursos en los que los hechos entran en escena sin una correcta introducción que sitúe al lector, donde las frases se yuxtaponen unas a otras sin establecer la conexión lingüística que nos informe sobre la relación de pensamiento que hace avanzar el texto, nos parece muy pertinentes en esta enseñanza, y revertirá positivamente en las demás asignaturas.

La comprensión primaria y pormenorizada de los textos de especialidad económica y empresarial sería sin embargo, insuficiente si no se le complementase con comentarios de carácter más general. Todo texto es portador de un mensaje o de una idea, y está claro que un universitario digno de su título debe demostrar capacidades discursivas sobre cualquier tema relacionado con su especialidad. Aquí, la formación de filólogo, o sea, de fino observador de los textos, lleva al profesor casi inconscientemente a hurgar entre los renglones de toda producción escrita u oral: interpretaciones, intenciones, todo lo que subyace debajo de un texto no puede escapar a su mirada. Por consiguiente, invita a su auditorio a seguirle en los dédalos de los escritos de especialidad, fomentando el diálogo, el comentario, la crítica, la refutación, la aportación de la experiencia personal por parte de los estudiantes. Sin embargo, se abstendrá prudentemente de proponer soluciones, de resolver problemas, de imponer opiniones, respetando así plenamente la docencia de los profesores especialistas.

Tal vez sea el profesor de idiomas el más indicado para hacer comprender y practicar en sus clases la interdisciplinariedad, destacando de paso sus virtudes y sus limitaciones, mostrando cómo aprovechar métodos y contenidos de otras disciplinas, pero dejando al auditorio la misión de entrar de lleno, en lengua extranjera por supuesto, en el trasfondo del conocimiento especializado.

Sin embargo, ha llegado el momento de aclarar en qué consiste esa actitud interdisciplinar o pluridisciplinar hecha de modestia, valentía y respeto. Por una parte, el economista debe considerar la labor del filólogo y vice-versa para que cada uno pueda progresar libremente en su disciplina y transmitirla provechosamente a sus discípulos. Por otra parte, cada uno debe proponerse penetrar la ciencia del otro, pero con las debidas precauciones, puesto que utilizará los métodos propios de su disciplina adaptándolos con su experiencia a la ciencia que descubre sin estar, no obstante, en la situación del estudiante que tiene que asimilar desde cero conocimientos y métodos.

El profesor de lengua extranjera sigue siendo filólogo; en esa especialidad se mantiene aunque sea capaz de compartir conocimientos con sus compañeros de otras especialidades y aprovecharlos para fines propios.

Tal vez se podría considerar una interdisciplinaridad más abierta. En medio de unas carreras en las que el alumnado desgasta la casi totalidad de su tiempo en engurgitar la materia teórica, en las que el pensamiento personal queda reducido a su mínima expresión, el profesor de idioma se inquieta por fomentar la necesaria y benéfica explotación del pensamiento individual. A ese propósito, y puesto que en la mayoría de las universidades no existe tal asignatura, la clase de idioma se transforma en una especie de foro donde los estudiantes consideren un elemento imprescindible a la hora de ejercer las profesiones relacionadas con la economía y la gestión de empresa: la ética de los negocios. Preguntare si se puede impunemente practicar la deslocalización en épocas de paro agudo, si era lícito el comercio europeo con sus colonias, qué límites tiene la publicidad, cómo se conjugan contabilidad y fiscalidad, es un paso necesario para rematar una formación de este tipo.

Después de esta breve panorámica de las posibles actuaciones y aportaciones del profesor de filología extranjera, dedicado aparente y exclusivamente a la enseñanza de

las triquiñuelas lingüísticas, queda patente que el alcance de sus clases no es el que se suele imaginar. El desarrollo psíquico, psicológico, intelectual de los jóvenes que frecuentan la Universidad bien es merecedor de una formación lo más completa posible en todos los campos.